

## PERFIL DE DOMINGO

ENRIQUE MORATALLA DIRECTOR DEL CENTRO CULTURAL DE CAJAGRANADA

TEXTO: ANDRÉS CÁRDENAS

ILUSTRACIÓN: CARLOS HERNÁNDEZ

## Un corazón transeúnte

El corazón transeúnte del político y cantautor granadino recalca en el flamante Museo de la Memoria de Andalucía del Centro Cultural de CajaGranada. Dicen de él que es un ser especial, alguien capaz de humanizar la política a base de poesía. Es un hombre de compromiso.

Cuando los dos hermanos mayores de Enrique Moratalla (Pepe y Antonio) jugaban a indios y vaqueros en el patio de los pabellones de Santa Bárbara, él se entretenía con una gallina que se llamaba 'Papanata'. Mientras aquellos se pegaban tiros y puñalás, éste trataba de contarle cuentos a su gallina 'Papanata'. Detalles como ese hicieron pensar a sus hermanos que el benjamín del trío era una persona especial. Luego, el tiempo les dio la razón. ¡Cómo no va a ser especial una persona que es capaz de humanizar la política a base de poesía o de coger una guitarra para cantarle a los desheredados en el desierto de Tinduf! ¡Cómo no va a ser especial una persona que es capaz de escribir algo tan poético y profundo como «los barcos de la mañana traen hasta mis ojos el misterio alegre y triste de quien llega y parte!»

Cuando hace dos días pedí a algunas personas que me hablan del director del flamante Museo de la Memoria de Andalucía, lugar al que ha arribado el corazón transeúnte de Enrique Moratalla, alguien me dijo que no hay un Enrique Moratalla sino varios porque varias han sido y son las facetas de su vida. Y yo, personalmente, creo que no es así. Es el mismo Enrique Moratalla que, como buen libra, sabe ir de un extremo a otro de su existencia sin graves problemas, haciendo todo lo posible por no dañar su forma de ser. Y es en ese viaje interior que hace constantemente en donde deja la impronta de una personalidad que es capaz de amar y de sufrir, de componer una canción triste y de contar un chiste, de extasiarse con la grandeza del mar y de embelesarse con el discurrir de una pequeña acequia, de ponerse una corbata o de elegir una guayabera para ir a un acto, o de saber que en una sociedad tan importante puede ser un rey como un mendigo. Lo demás todo es producto de las circunstancias.

Así, que en ese viaje interior y a través del tiempo por Enrique Moratalla, encontramos en una de las estaciones de su vida, a un joven rebelde de 17 años que con una guitarra y unas cuantas canciones pretendió cambiar el mundo en el que vivía. Pertene-

ció al grupo Poesía 70 y Manifiesto Canción del Sur, aquel colectivo de cantautores y poetas que capitaneados por Juan de Loxa quisieron con sus canciones y poemas reventar el mundo. Un grupo de idealista que se reunía en tascas infames y en interminables charlas para hablar de política y música y contribuir así a la mejora de la sociedad. Enrique, junto a Ángel Luis Luque y el fallecido Esteban Valdivieso, fueron los benjamines de aquel ya mítico grupo.

Encontramos también a un joven estudiante de Psicología comprometido que fue sindicalista de la UGT y que creyó que para luchar contra las desigualdades sociales y la injusticia era mejor hacerlo desde el poder democrático que confiar en las urnas. Como político socialista, tuvo después importantes cargos y llegó a ocupar el puesto de consejero de Cultura de la Jun-

ta de Andalucía. Pudo haber seguido en ese puesto e incluso escalar más alto, pero renunció para ocuparse un poco más de su familia, cuando comprendió que la felicidad se lleva por dentro y no por fuera y que no hay que depender de lo que se tiene sino de lo que cada uno es. Vivir en Madrid o Sevilla le suponía estar alejado muchos días de su mujer, de sus dos hijos y de Granada, ciudad a la que le profesa un amor incommensurable y a la que le ha dedicado alguna que otra canción.

En ese viaje interior podemos hacer un receso para decir que Enrique puede tener pinta de todo menos de político al uso. Es de esos tipos que ayudan a las personas a tener esperanza y que sufren con todas y cada uno de esas muchas injusticias que padece la humanidad. Pero en el terreno más doméstico, sufre por cuestiones más baladíes como

cuando se tiene que poner una corbata o cuando juega el Atlético de Madrid. Acostumbrado a la ropa informal, el traje es como esa armadura que se tenían que poner los caballeros medievales cuando iban a participar en un torneo. Pero eso es algo que tiene asumido ya que forma parte de los suplicios por los que tiene que pasar cada vez que, por ejemplo, unos reyes vienen a inaugurar el museo del que es el responsable. En cuanto al Atlético de Madrid, es colchonero acérrimo, afición que le viene porque, maldita sea la hora, se la metió en vena su hermano Antonio. Desde entonces, como buen aficionado a esos colores,

**Cree que para luchar contra la injusticia es mejor hacerlo desde el poder democrático**



**Enrique se entretenía tratando de contarle cuentos a su gallina 'Papanata'**

sabe que su corazón transeúnte tiene razones que la razón no entiende. ¡Aupa el Atlético!

Bien, sigamos. En ese viaje interior encontramos también a un buen padre y a un buen esposo. Lo atestiguan y son capaces de grabarlo a fuego en las actas de la convivencia familiar, los treinta y seis años que lleva con Pilar Aranda (ella tenía 14 y él 16 cuando se conocieron) y su dos hijos, que lo adoran. Tranquilo, equilibrado y a veces con repuntes de mal genio, como todo quisqui, es de ese tipo de personas al que todo el mundo quisiera contarle su problema porque sabe que detrás de él no sólo hay un reposado psicólogo, sino esa persona con un toque de serenidad cercana y entrañable que se necesita en momentos de marejada interior.

Ese tío 'Quica' al que todos los sobrinos (hijos de Pepe, Antonio y Natalia) acuden cuando necesitan que un adulto comprenda lo que les pasa a sus jóvenes almas atormentadas. Él cree que a los hijos hay que darle la posibilidad de la elección y siempre tiene las palabras exactas para cada momento. «No te derrumbes y vuela alto; elige el rumbo y aprende amarlo», es la estrofa de una canción que dedica a uno de sus hijos.

En ese viaje interior encontramos a un hombre capaz de sentir lo más grande por las cosas más pequeñas. Cuando va al campo puede quedar alucinado con cualquier insecto o con la flor más minúscula y cuando se pone a leer puede quedar fascinado por una simple frase hallada en cualquier libro.

Encontramos también a un hombre que, a pesar de todo, es un introvertido y que le gusta los paseos en solitario para encontrar en su mente la paz que permite la conciencia del deber cumplido. Y encontramos a un buen comensal que le gusta todo lo que le ponen pero sobre todo la pasta, el pescado, el arroz y las gachas almerienses con la receta de su querida madre. Así mismo encontramos a un profesional que es muy fiel con las instituciones con las que trabaja, que ama todo aquello que hace y que se hace respetar y querer por todos los que están por debajo de él. Y encontramos a un hombre cuyo fin de semana perfecto consiste en alternar las charlas familiares con escuchar música de todo tipo o ver películas también de todo tipo. Encontramos igualmente en ese viaje interior a un hombre que hubiera deseado ser médico, como sus dos hermanos mayores, pero que se conforma con aconsejar qué pastillas tiene que tomar al que le ha dado una colitis en ese viaje en grupo.

Y, por fin, encontramos en este viaje a aquel niño cuya mejor amiga era una gallina que se llamaba 'Papanata', porque, al fin y al cabo, los corazones transeúntes siempre vuelven al lugar de donde han partido.